



Balta Lelija

4 de mayo de 2021
Martes de la Quinta Semana de Pascua
“Es preciso que entremos en el Reino de Dios
a través de muchas tribulaciones”

Hch 14,19-28

En aquellos días, llegaron unos judíos de Antioquía y de Iconio que sedujeron a la muchedumbre, de modo que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad creyéndole muerto. Pero rodeado de los discípulos se levantó y entró en la ciudad. Y al día siguiente marchó con Bernabé a Derbe. Después de predicar el Evangelio en aquella ciudad y hacer numerosos discípulos, se volvieron a Listra, Iconio y Antioquía, confortando los ánimos de los discípulos y exhortándoles a perseverar en la fe, diciéndoles que es preciso que entremos en el Reino de Dios a través de muchas tribulaciones. Tras designar presbíteros en cada iglesia, haciendo oración y ayunando, les encomendaron al Señor, en quien habían creído. Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia; y después de predicar la palabra en Perge bajaron hasta Atalía. Desde allí navegaron hasta Antioquía, de donde habían salido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían realizado. Al llegar, reunieron a la iglesia y contaron todo lo que el Señor había hecho por mediación de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe. Se quedaron bastante tiempo con los discípulos.

“Es preciso que entremos en el Reino de Dios a través de muchas tribulaciones.”

Si interiorizamos cuidadosamente la Sagrada Escritura, ella nos preservará de muchas ilusiones. No nos ofrece dulces promesas, como si pudiéramos entrar al Reino de Dios simplemente cumpliendo nuestros sueños e ilusiones. Nos preserva de poner nuestra confianza principalmente en la fuerza del hombre y de pretender construir por nosotros mismos una especie de Paraíso en este mundo. Muchas veces la Sagrada Escritura nos habla muy abiertamente. Podemos verlo en los evangelios: Jesús no nos promete una vida dulce y cómoda en la Tierra; sino que habla abiertamente de las persecuciones que sobrevendrán a los Suyos (cf. Jn 15,20). Su vida se refleja en Sus discípulos, y viéndolo desde esta perspectiva, sabremos que el sufrimiento no simplemente les es evitado a aquellos que siguen al Señor; sino que queda transformado a través del amor y se hace fecundo.

Libres de ilusiones, los discípulos han de ponerse en camino. Les aguardan tribulaciones por dentro y por fuera. La alegría de haber encontrado a Dios y de poder servirle se enfrenta a los desórdenes que a menudo existen aún en nuestra vida interior. Pueden surgir sentimientos y emociones ajenas; temores reales e imaginarios pueden asediarnos; pensamientos inoportunos o incluso malos nos acosan; las distracciones

nos dispersan; descubrimos los abismos de nuestro corazón y a menudo constatamos cuán lejos estamos aún de ser aquello a lo que el Señor nos ha llamado.

Sin embargo, no debemos desanimarnos. Es mejor que veamos nuestros pecados, debilidades y errores, y los llevemos humildemente ante el Trono de la gracia (cf. Hb 4,15-16); que vivir en una especie de auto-engaño y creernos ya bastante perfectos. Estas tribulaciones interiores sirven para anclarnos más profundamente en Cristo, esperando de Él la salvación, y no de nosotros mismos. Esto hace parte del combate espiritual, que le corresponde librar a todo aquel que siga seriamente al Señor. Nos vemos asediados por nuestra naturaleza caída, que quiere seguir dominándonos e intenta impedir que el alma viva en la luz de Dios. El diablo también “pone de su parte” para intensificar las tribulaciones y esconderse detrás de ellas. Mientras dure nuestra vida terrenal, siempre estará presente este combate. Sin embargo, hay una gran diferencia entre luchar de forma consciente o simplemente rendirse a sus inclinaciones. Si luchamos, las tribulaciones se convierten en un reto y en una tarea. Si no luchamos, el combate está perdido incluso antes de haberse percatado de que existe.

En la lectura de hoy, se hace referencia sobre todo a las tribulaciones exteriores que surgen al seguir a Cristo. Aquí debemos tener en claro que las persecuciones, las calumnias, la hostilidad y el rechazo –cuando son por causa de Cristo– son tanto una participación en Su sufrimiento como también una prueba de nuestra fidelidad. En última instancia, todos los ataques de las tinieblas se dirigen contra Cristo mismo. Puesto que ahora el Señor, habiendo sido glorificado, ya no es accesible para los poderes de la oscuridad, éstos persiguen a la Iglesia, a los discípulos que se mantienen firmes en la verdadera fe (cf. Ap 12,17). Esto es lo que nos relatan los Hechos de los Apóstoles en estos días...

Uno tampoco debe sorprenderse de que el rechazo pueda ser de parte de personas muy cercanas (cf. Sal 55,13-15). ¡Ciertamente es muy doloroso! Pero el Señor mismo tuvo que soportar la traición de uno de sus discípulos (cf. Mt 26,14-16). Lo mismo puede sucedernos en el seguimiento de Cristo.

Hay que repetirlo una y otra vez, y cobrar consciencia de que nos encontramos en tiempos de especial tribulación. Las verdades más evidentes se ponen en duda, incluso dentro del ámbito eclesial, y aquellos que se aferran sin reservas a la doctrina tradicional de la Iglesia, fácilmente son marginados y, en el peor de los casos, incluso perseguidos. Por causa de la verdad y por amor a Cristo, hay que soportarlo. Se trata de verdaderas tribulaciones, a través de las cuales hemos de entrar en el Reino de Dios.

No podemos dejarnos engañar: El camino de seguimiento de Cristo es maravilloso y lleno de alegría, pero no es cómodo ni está exento de sufrimientos.

Dios se vale de estas tribulaciones de muchas maneras. Además de que para nosotros representan una escuela de humildad y nos dan la oportunidad de mostrarle nuestra fidelidad al Señor y compartir Sus sufrimientos (cf. Col 1,24), las tribulaciones nos mantienen vigilantes en nuestro camino. Nos recuerdan que este mundo no es nuestro hogar (cf. Fil 3,20), y que hasta el final de nuestra vida estaremos en un combate. Esto nos ayuda a no adormecernos en una falsa seguridad. A nivel interior, uno puede vivir en aquella paz que Dios concede, pero que también debe ser defendida contra todo tipo de ataques. Se trata, entonces, de una paz verdadera; y no una cierta autosuficiencia, que nos hace perezosos y fácilmente tiende a la soberbia.

Es importante que aprendamos a aceptar las tribulaciones en el Señor. Cada tribulación y cada sufrimiento que superemos con la ayuda de Dios, nos acerca más a Su Reino. ¡Así es como el Señor lo ha dispuesto para nosotros, y lo que Él hace siempre es perfecto!